

antes más mundano tiene el espíritu para el de-
arrollo de su personalidad, como los valores
ideal más bello que posea, en esta más hermosa
que realicen. El espíritu de los deidades no
viende para el goce de sus tiempos agitados no
quede inerte más y ser más que la gran ley
de la humanidad, en la humanidad, en la
labores y pensamientos, donde pueda hallarse, en
el mismo tiempo que puede hallarse en el arte.

Misticismo laico

Después de la preponderancia espiritual man-
tenida durante largos siglos, parece haber sonado
la hora fatal de la desaparición para una de las
muchas concepciones religiosas por el hombre hil-
vanadas sobre la tela de sus temores.

Así por lo menos lo desean algunos y otros lo
temen, llevados por sus deseos ó por sus conve-
niencias. Entretanto, ¡quién sabe! En el dominio
de las ideas la mano brutal, cuando corta, suele
hacer lo que el jardinero cuando poda; y en vez
de la muerte la gaya floración futura se anuncia en
brotes después de hinchar en yemas.

Nada más inútil que la violencia para extirpar
las ideas. Dígalo el señor Clemenceau que al otro
día de la Comuna salía á la defensa de las vícti-
mas de Thiers, defensa mantenida durante treinta
años con tesón admirable, sin temor á las perse-
cuciones y martirios que, á otros que no eran él,
prodigaba con generosa mano la burguesía. Si;
el señor Clemenceau sabe por experiencia propia
que la idea no se vence con la violencia, pero á
pesar de todo la emplea, fuerte en su poder, con-
vencido de la inutilidad de todo pensamiento no
ratificado por el gesto convincente de un músculo
poderoso.

A una fuerza sólo puede oponerse otra fuerza;
de lo contrario desaparecería de la lucha esa os-
cilación que bien puede ser un equilibrio. El cato-

licismo, perseguido hoy, será una fuerza triunfante mañana. Mudará de forma; cambiará de aspecto, pero, en el fondo, será el mismo sentimiento dominador y afirmativo.

Extremando un poco los hechos; llevando la violencia un poco más allá de lo usual, no necesitará luchar para imponerse: á poco que se haga el catolicismo triunfará, incorporándose á sus enemigos, metiéndose en el espíritu de cuantos lo combaten.

Para comenzar, la idea de libertad que se invocaba—razón suprema en labios de todos los que aspiran á la dominación,—ha desaparecido de las huestes racionalistas. La libertad es la capa encubridora de toda hipocresía. Creamos en aquéllos que nos ofrecen la verdad, el bien, la dignidad, todo. Creamos en ellos, locos, ilusos, quijotes. No creamos en el que ofrece libertad: ese es un tirano en busca de débiles que se le sometan.

Libertad prometió Cristo á los que le siguieran y libertad ha prometido también ese buen demolidor de ministerios que hoy sólo sabe consolidarse sobre el pedestal de una iglesia en ruina. Equivocábase el buen predicador de Galilea cuando en filosofía asentaba las más raras paradojas y equivocábase el buen señor Clemenceau cuando prometía una libertad tan amplia cuanto imposible. Pero esos errores, ridículos en el terreno de las ideas para quien sabe analizar y desmenuzar la sólida base de preconceptos sobre la cual se apoyan, pasan á ser poderosamente peligrosos cuando entran en el reino de lo religioso, terreno movedizo, donde el sentimiento resbala y no deja nada estable ni seguro. Y como lo religioso es, y será por mucho tiempo, lo más íntimo y lo más caro al hombre, pues religioso es todo sentimiento afectivo que no tiene un fin de inmediata utilidad, de ahí que sea en el terreno de la religión donde se traben las más empeñadas y bravas batallas.

El movimiento actual de anti-catolicismo en España, en Francia y en general en todos los países latinos, es un movimiento místico, místico laico. Será antirreligioso, pero es místico; y bien puede suceder que los cerebros, hondamente re-



Felipe Trigo

movidos por la dura reja de esa combatividad á ultranza, sirvan de magnífico campo de cultivo de un renacimiento religioso en cuanto fecunde su natural sequedad el abono generoso de cuatro gotas de sangre.

A una época de indiferencia religiosa en la que la fe del carbonero predominaba de una manera absoluta en la mayoría, ha venido á suceder el estado de excitación aguda en la que cada cual juzga con derecho á opinar. La mayoría, engañada

por el miraje de una promesa celeste, reconociendo que la carne pesa en exceso para el seráfico vuelo, agítase contra la visión á que sabe no ha de alcanzar. Pero eso no impedirá que algún presfídigitador avisado sepa y quiera hacer bajar á la tierra el dios ó los dioses desaparecidos, volviendo así la confianza mística al corazón del hombre.

Ese excelente señor Clemenceau, uno de cuyos libros, de un título fuertemente sugestivo—*Le grand Pan*—ostenta larga introducción destinada á combatir el culto del Cristo vencedor de las divinidades helénicas y á llorar la desaparición de éstas, quizás prepare ese renacimiento religioso que mal delineado todavía, y confuso, preséntase á mi imaginación. No olvidemos que cuando Robespierre hubo ayudado á libertar la conciencia humana, decretó el «culto» de la razón...

Lo que afirma tal suposición es que los anticatólicos de hoy en día, son reales, utilitarios, buscadores de su beneficio. Por eso afirman y sentencian. El hombre que no se deja vencer por el demonio de la religión se siente inquieto, duda, vacila y acaba por dejarla, abandonando tales ideas como simples juegos de ingenio y pasatiempo. El hombre á quien la religión domina, afirma ó niega, pero se interesa y toma parte en el combate, guiado, sin saberlo, por ese misticismo que nos impulsa á indagar en lo desconocido, á sondar en lo misterioso, buscando siempre lo que pueda haber «más allá».

El hombre libre, el independiente, es idealista, irreverente; el esclavo místico toma en serio su papel, y, en pro ó en contra, su actividad se desarrolla plenamente, tanto cuanto más plenamente preparando más fácil y pronta reacción.

El catolicismo ha sido solapado, lento, astuto; la reacción ha debido de sobrevenir tarde. El anticatolicismo irrumpe hoy en exuberancia de fuerzas, impidiendo, por la misma universalidad de su

acción, ver el error en que se apoya. Fuera un solo hombre contra un solo sacerdote y la injusticia saltaría á la vista. Así, en cambio, nadie acierta á verla, pues la cubre ese viejo preconcepto que hace permitido todo lo que los demás no rechazan.

El misticismo actual preséntase con sus caracteres habituales, de tolerancia y de libertad cuando la falta de fuerzas le mantiene en actitud pasiva, sometido á otra voluntad y de intolerancia y dominación cuando aceptado por algunos espíritus fuertes ha tomado en sus manos la dirección de los públicos destinos, recurriendo á la tradicional y convincente violencia.

En Francia, en España, en Italia, aquí mismo, haciendo gala de intransigencia y crueldad para apoyar las deduciones de su ideal, ese misticismo laico en nada se diferencia del misticismo religioso de todos los tiempos, soberbio y cruel, condenando á todo lo que no fuera en provecho y gloria del ideal juzgado verdadero.

Se objetará que el ideal de hoy es muy otro, asaz diferente para que un punto de comparación pueda establecerse entre dos épocas lejanas; entre lo que tiende á la vida y lo que se apoya en la muerte. Nosotros, en cambio, sabemos lo bueno y falso de todas esas declaraciones de mitin de arrabal, porque la vida no tiene ideal definido, concreto, al alcance de cualquier zascandil.

Si bien hoy en día hemos llegado por la observación detenida de la naturaleza y la más ó menos acertada y lógica comprensión de los fenómenos naturales, á establecer un sistema que puede parecerse rigurosamente exacto, ¿quién garantiza tal exactitud? Yo no me asombro con Anatole France de que el campo de las estrellas sea tan dilatado, ni aun de que los hombres lo hayan medido. Yo me asombro con toda sinceridad de que haya hombres capaces de tener por ciertas é indesmentibles tales medidas.

Para nuestro entendimiento las razones aducidas en apoyo de una idea cara tendrán todo el valor y todo el mérito posibles, aunque, en lo futuro, valgan quizás lo mismo que tantas otras ideas, pasadas con las épocas que le dieron vida.

El actual misticismo laico representa perfectamente el ideal de una sociedad que ha llegado al ateísmo, no por la convicción de sus sabios, sino por la avaricia calculadora. En el espíritu de la enorme mayoría la reflexión de que un Dios de bondad no debe de cobrar las gracias dispensadas por intermedio de sus sacerdotes, ha podido más que la obra científica de Darwin ó de Hæckel. En el fondo la creencia persiste; la raíz permanece intacta no siendo de dudar la próxima y brava floración del viejo árbol de la creencia humana.

Pensándose hoy diferentemente de ayer nada obsta para que mañana no se piense como hoy; es más, esto constituye una garantía de inevitable mudanza.

Entonces ¿por qué perseguir? Y el sofisma surge, armado de todas armas: ¡Hay que defender la libertad!—Y ved aquí cómo la libertad se desmiente y se niega por su propia afirmación, como cualquier otra de esas bellas y agradables abstracciones inventadas por los hombres...

¡La libertad se defiende combatiendo contra otros hombres á quienes ella pretende esclavizar á su manera de ser! Y los mismos bravos luchadores de ayer que desde abajo hicieron sentir la fuerza demoledora de sus arietes contra las murallas formidables del preconcepto, hoy desde las mismas vuelven sus armas contra los de abajo «para defender la libertad».

Católicos y anticatólicos, creyentes ó no, pertenecen, en mi manera de pensar, á una clase de hombres que no pueden ser ya mis semejantes, habiendo descubierto el hilo misterioso que les mueve en el gran titirimundi de la vida, hacién-

doles simular bellos gestos y arrogantes posturas. Los resultados del combate no pueden interesarme tanto como el combate en sí mismo, pues triunfe el que triunfe la lucha continuará, con el mismo entusiasmo y tesón idéntico.

Los místicos de hoy continúan combatiendo á los de ayer; sólo se ha efectuado una transmutación de lugares, enorme al parecer, mínima en realidad. Las mismas palabras suenan, las mismas armas se emplean, los mismos argumentos se hacen valer. El que ataca hácelo en nombre de la libertad, el que defiende considera que la libertad tiene un límite en la defensa social, establecida ésta dentro de una idea, probando que lo único exacto y verdadero es la permanente inquietud humana forzada á la agitación por obra y gracia de la naturaleza, necesitada del desequilibrio, como del flujo y del reflujo en la marea, de sístole y diástole en el corazón, de masculino y femenino en el organismo, de positivo y negativo en todo lo creado, única manera de llegar al impulso vital, creador á su vez, que proviene de esa permanente aspiración á superarse.

Místicos religiosos y místicos laicos agitan, mueven el mundo, hacen que la vida sea vida, que la existencia no sea una línea recta.

Y al mismo tiempo llevan el desconsuelo al corazón que se aparta de la palestra, ignorando el nombre de los combatientes y de ellos ve solamente la cureña caída ó triunfante. Llevan el desconsuelo á sus corazones que tienen el coraje de pensar más que sentir y pensando reconocen la inutilidad del tiempo, la inutilidad de la civilización, la inutilidad de todo lo que es gala y honra de una época, si en ella ha de perdurar el atávico y bárbaro afán del fanático intransigente, corrompiendo, llevando la sombra al cerebro, haciendo dudar de todas las bellas promesas—en realidad fáciles peldaños de difíciles alturas.

La lucha por la libertad es tan bella cuanto imposible, pues en ella va el germen de la tiranía.

En la trasmutación de los hombres está el desequilibrio de la historia, pues las ideas y los sentimientos permanecen, dentro del corazón humano, en la misma dolorosa duplicidad que permite al hombre apoyar con los mismos sólidos é irrefutables argumentos los dos más opuestos sentidos de una cuestión.

El inevitable dolor

Un sentimiento de honda tristeza baja en grandes vuelos de la cumbre del arte á posar sobre el espíritu de los hombres, envolviendo al corazón en la sombra de los dolores compartidos. La idea de la confraternidad roe las almas, contaminando la vida con el roce impuro del dolor. Fraternalmente, bajo el poder de la voz que hace obligatorio el amor, la vida se llena de sombras, tórnase triste y misteriosa.

«¡ Amaos!—dice la voz.—¡ Compartid vuestras penas para hacer menos pesado el camino!» Y los hombres se apresuran á responder á la fraternal incitación volcando su carga de quimeras no satisfechas, de llantos nunca interrumpidos, sembrando amarga semilla dolorosa de la que no podrían salir los apetecidos frutos del bienestar y del contento.

Y el egoísmo de la especie, bárbaro y crue egoísmo conservador, de todos contra uno y de cada uno contra todos, lleva, en una antítesis natural, á ocultar, guardándolo avaramente, lo que pudiera ser fuente de bienestar y de dicha. La fraternidad no reza con la alegría, con el contento de vivir, como con el dolor y la desesperación. Compártese la tristeza para disiparla en mínimas proporciones entre todos los humanos, y por la misma razón ocúltase la fugitiva felicidad que pasa, temeroso cada cual de que al comunicarla y compartirla desaparezca para siempre.